

bres que formaban la brigada de reserva, de la cual cuatrocientos treinta dragones ocupaban el convento del Carmen y el mesón del Aguila Roja. La altura del convento estaba defendida por un coronel, su segundo, treinta soldados y una pieza de montaña. Una flecha que cortaba el camino de México estaba cubierta con un capitán, un subalterno y cuarenta soldados del batallón del Emperador y sesenta de la Gendarmería francesa al mando de un capitán y dos subalternos; la barda de la huerta á la orilla del mismo camino, estaba cubierta con un oficial y veinticinco hombres, teniendo un obús con su dotación de artilleros. Por una de las dos troneras que se abrieron en dicha barda, cuya tronera se encontró desartillada, penetraron el general Vélez y los gefes Chavarría y Rincón, seguidos de sus batallones. López no dice cómo supieron que aquella tronera estaba desartillada. El panteón estaba defendido por cuarenta hombres con su capitán, un subalterno y una pieza de montaña; cuidaban la barda que enfrentaba á la torre veinte soldados y un oficial, con un obús de á 24 y su respectiva dotación de artilleros. Estas eran las obras que formaban el fuerte que se llamó de la Cruz. La vigilancia era ejercida por un gefe de día y un capitán, quienes recibían todos los días la orden especial de atender preferentemente á la huerta y al panteón; además había para el mismo objeto de vigilar, un rondín de gefes y oficiales del depósito. (1)

Al aparecer la luz del día mostróse toda la extensión del desastre; pero Maximiliano no retrocede ante el peligro, en presencia de los republicanos y preparando sus revólvers dijo á los que le seguían: ¡ Adelante! Fué detenido por los republicanos; pero López estaba allí, y sea porque creyera poder salvar las apariencias, ó que tan sólo hubiera querido entregar la plaza y salvar la persona de Maximiliano, ó que los remordimientos comenzaran á punzarle, se aproximó á un gefe republicano y le dijo que dejara pasar á aquellas cuatro personas que eran paisanos. El gefe que ejecutaba exactamente todas las instrucciones que

(1) La vigilancia, según López, era la suficiente; pero entrando de pronto y en la oscuridad las fuerzas republicanas, indudablemente conducidas por alguno que conocía perfectamente aquella posición, los sitiados no tuvieron ni tiempo de hacer fuego, rendidos como estaban por la fatiga y el hambre. De la huerta se pasaba al convento por una puerta estrecha y expuesta a los fuegos de las alturas; después había que atravesar un patio que también podía defenderse muy bien y con éxito para contener ó rechazar á los asaltantes.

Del alojamiento de Maximiliano partía una escalera para la torre, otra del departamento del general Castillo y había una tercera por el coro, de manera que un batallón de reserva que allí dormía al pie de sus armas, podía subir á la torre y defender en la puerta referida en pocos minutos; pero la sorpresa fué dada de tal manera, que no hubo lugar á ninguna resistencia y todos se dirigieron rápidamente al cerró de las Campanas.

Los batallones Supremos Poderes y Nuevo-León fueron los que penetraron por la tronera al mando de los generales Vélez, Paz y Chavarría, coroneles Lozano, Rincón Gallardo, Yépez y teniente-coronel Margain. De tal manera refirió López lo acaecido en la madrugada del día en que fué tomada la plaza de Querétaro.



*Lic. Joaquín M. Escoto.*

Asesor en la causa instruida en Querétaro á Maximiliano de Hapsburgo, prisionero después del sitio de Querétaro. Entre los dictámenes de más importancia emitidos por dicho asesor, sobresale el que negó suspender los procedimientos en la enmaria que se instruyó á Maximiliano con arreglo á la ley de 25 de Enero de 1862, que por terminante disposición del gobierno del Presidente Juárez había de servir para juzgar al reo de aquella causa.

López daba, ordenó el paso de aquellos, aunque las insignias militares llevadas por Maximiliano y los de su comitiva, desmintieran las palabras de López, quien se presentaba armado, á caballo y libre al lado de los republicanos, no obstante lo cual no se comprendía aún que traicionara.

Maximiliano se dirigió violentamente para el cerro de las Campanas, sin detenerse á pedir á López explicaciones acerca de lo que acababa de pasar; pensaba reunir en aquella posición algunas tropas para resistir hasta el último momento ó abrirse paso entre los sitiadores. Al pasar delante del mesón que servía de cuartel á su escolta y á los húsares, Maximiliano envió la orden á los gefes de esas fuerzas para que á toda prisa dispusieran ensillar y se le reunieran en el cerro de las Campanas. Se le llevó un caballo, pero no quiso montar, porque á su lado iban á pie el jefe de Estado Mayor, Castillo, y el Príncipe de Salm.

Un momento se detuvo en el palacio departamental, para enviar á Miramón la orden de reunir las tropas que pudiera y dirigirse con ellas al citado punto de reunión.

Cuando los sitiados supieron que los republicanos estaban en el centro de la ciudad, sintiéronse con el estupor que produce una gran sorpresa y apenas acertaban á preguntarse mutuamente: ¿qué hay? ¿qué pasa? sin que nadie lograra obtener respuesta satisfactoria. Puede darse una idea del desconcierto en que cayeron los sitiados, al saberse que hubo oficial que buscando refugio en su alojamiento lo encontrara ya ocupado por otro oficial republicano. ¿Qué más? las tropas que se encontraban en el mismo convento de San Francisco, ignoraban que quienes repicaban en el campanario del propio convento eran los sitiadores. La plaza había sido ocupada sin tiros, sin combate, sin lucha de ningún género; los fuegos de artillería que después disparó el sitiador contra el cerro de las Campanas, fueron ya más bien alardes de fuerza extemporáneos é inútiles.

Entre las fuerzas sitiadoras que desfilaban para el centro de la ciudad en el mejor orden, se veía á Miguel López armado, yendo y viniendo á la faz de todos. También se veía á Antonio Yablousky, individuo que perteneció á la policía secreta, paseándose montado y armado, seguido de su asistente. El jefe imperialista D. Adrián Magaña aseguró por la prensa, que Yablousky se encargaba del vil oficio de designar á los vencedores los alojamientos, caballos y equipajes de los vencidos.

La cuestión de si López fué ó no traidor, asunto que parecía ser personal, se presentó como de partido; algunos jefes republicanos olvidaron que la traición deshonra al que la comete y no al general que aprovechándose del delincuente, evita la efusión de sangre para vencer.

La plaza de Querétaro tenía que caer en corto plazo, esto es inconcuso, y ningún demérito reportan los sitiadores por el hecho de que la hubiese entregado alguien, cuando ya estaba vencida por la falta de elementos para prolongar la defensa.